

recibia de la boca de los aduladores: *Et qui laudabant me, adversum me jurabant* (PSALM. CI, 9).

Amemos pues la verdad que nos reprende, y desconfiemos de la que nos halaga y nos lisonjea. Olvidemos la bondad que en nosotros puede haber, y nunca apartemos la vista de nuestros defectos. Las buenas obras nos santifican, y las malas nos corrompen; pero, por un efecto del todo contrarió, la memoria de las buenas obras nos perverte, y nada es más propio para santificarnos que el recuerdo de nuestros pecados: cómo si Dios, por una providencia particular, hubiera querido dar al pecador el consuelo de que pudiera hacer con la memoria de su culpa el remedio de su pecado; y como si al mismo tiempo hubiera querido dar al justo un contrapeso de su santidad, haciéndole encontrar en sus mismas buenas obras el motivo de la más peligrosa tentación. Miremos á los que nos aplauden como á gentes contagiosas; y si es posible, sea verdad decir de cada uno de nosotros lo que decía S. Ambrosio de Teodosio: Yo he respetado y amado á este hombre, porque siendo superior á todos los demás, ha estimado más á uno que le censura, que á otro que lo elogia. Pues los aplausos lisonjeros del que nos abona, llevan siempre consigo un mortal veneno; y las sábias y cristianas reprensiones de un censor, de un confesor, de un predicador, ó de un amigo, nos apartarán de nuestros desórdenes, nos harán volver á tomar el camino por donde debemos ir y del que nos hemos extraviado, nos conducirán al puerto de salvación, y nos harán llegar á la feliz eternidad, que os deseo.

VERGUENZA (*Sobre callar por vergüenza los pecados en la Confesion*); véase: CONFESION.

VERGUENZA; véase: PUDOR.

VESTIDOS; véase: TRAJES.

VIA-CRUCIS; véase: CAMINO DE LA CRUZ.

VIÁTICO; véase: SACRAMENTOS (*Últimos*).

VICIO Y VIRTUD.

Pietas ad omnia utilis est, promisionem habens vitæ, quæ nunc est, et futuræ.

La virtud sirve para todo, como que trae consigo la promesa de la vida presente, y de la futura.

(I. TIM. IV, 8.)

Llevado en alas de la imaginacion á elevadas regiones, y contemplando desde allí la vasta escena del mundo, veo ¡oh extraño espectáculo! por un lado, un horrendo mónstruo instalado en un verjel amenísimo; y por otro lado, una hermosa matrona relegada á la oscuridad de un fúnebre bosque; aquél vestido de oro y púrpura; ésta cubierta de miserables andrajos; el uno lozano y arrogante; la otra escuálida y macilenta; ámbos hablando en altas voces, pero cada uno en diverso tono, pues mientras aquél entona alegres cantos, ésta profiere amargas quejas y dolorosos lamentos.—«Yo, dice el mónstruo, he nacido para gozar; la dicha y la alegría son mi patrimonio: nado en la abundancia, corro de placer en placer, de satisfacción en satisfacción; la naturaleza toda me sonríe y me prodiga sus dones; mi vida es una continua série de prosperidades.»—«Yo, exclama la hermosa matrona, yo he nacido para padecer. Ando por un desierto cubierto de espinas y abrojos; como el pan de la tribulación, y apago mi sed con las lágrimas. La tristeza, el dolor y la aflicción, me asedian por todas partes. Sigo fatigosamente el camino de la vida, el cual, á medida que voy adelantando, se me vuelve más árduo y escabroso: mas, á pesar de esto, amo los trabajos y me consuela la aflicción.» Y aquí el mónstruo y la matrona ponderan á porfía la excelencia de los objetos de su amor; ésta, alabando el cielo y aquél la tierra; la una, ensalzando la santidad de Dios; y el otro encareciendo los atractivos del pecado. ¡Ay de mí! ¿cuál de los dos en tan empeñada contienda obtendrá la palma del vencimiento? ¿Será siempre la felicidad patrimonio del malvado? ¿No obtendrá nunca el justo recompensa alguna por el bien que hizo y las penas que padeció? ¿Dónde está la sabiduría que gobierna el universo? Mi fe vacila cuando contemplo el triunfo de los malos; y al ver la triste suerte de

los buenos, estoy para volver con enojo los ojos al cielo... Pero yo deliro; una fatal preocupacion oscurece y arrastra mi osado entendimiento. Caiga de una vez el túpido velo que oculta la verdad de las cosas á los hijos de Adan. Oiganme todos, buenos y malos, que yo, para consuelo de los unos y confusion de los otros; voy á demostrar: «Que Dios, siendo, como es, justo y equitativo, no puede permitir que el hombre vicioso obtenga buenos frutos de sus vicios: primer punto. Ni puede permitir tampoco, que el hombre virtuoso sea víctima de sus propias virtudes: segundo punto.» Es decir, que el malo acabará mal; que el pecado no puede hacer nuestra felicidad; y que solo la virtud puede labrar nuestra dicha aún en la vida presente. Paso á la demostracion de las dos enunciadas verdades; pero ántes pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Siendo Dios, como es, justo y equitativo, no es posible que el hombre vicioso obtenga buenos frutos de sus vicios. Dios abomina el vicio: Dios es el autor y dispensador de todo bien: luego, no puede permitir que el hombre vicioso obtenga buenos frutos de sus vicios. Si, hermanos míos; Dios es perfectísimo, indefectible, santo é inmutablemente concorde con sus divinos atributos: pero el vicio pugna abiertamente con Dios y con sus atributos divinos; de consiguiente, Dios aborrece el vicio tanto como se ama á sí mismo. Dios se ama á sí mismo infinitamente; luego es indudable que Dios abomina infinitamente el vicio y al hombre vicioso: *Pariter odio sunt Deo impius, et impietas ejus*. Esto supuesto; ¿podreis creer, oyentes míos, que este Dios justo y equitativo, que tanto aborrece el vicio, quiera otorgar sus dones al hombre vicioso? No; porque el amor y el ódio son dos cosas tan opuestas como el bien y el mal; y así como es imposible que el mal produzca el bien, eslo igualmente que el ódio engendre el amor.

Si alguno de nosotros pone en duda estas verdades, abra los sagrados libros, registre los anales del mundo, consulte á su propia experiencia, y verá si el hombre inícuo edifica sobre bases sólidas. Dios ha dispuesto, que cuanto procede del pecado, entre por una puerta y salga por otras dos puertas, dice el Sábio, Y luego añade: Por astuto que sea el inícuo, al fin cae envuelto en sus propias redes; y si se eleva en brazos de la fortuna, es para caer al abismo con mayor estrépito. Oid ahora con qué enérgicas frases pinta el Salmista la ruina de los impíos: Ví al impío elevado hasta encima de los cedros del Líbano, y cuando pasé por allí ya no ví el menor vestigio de él. El semblante de Dios está inmóvil sobre los malos, para borrar final-

mente de la tierra hasta su memoria. Se dispersarán como el humo arrastrado por el viento, y serán destruidos y pisados como el fango de las plazas. Ni siquiera verán ellos su propia desdicha; mas sus hijos, y los hijos de sus hijos, hasta la última generacion, experimentarán los efectos de la iniquidad de sus padres. Quebranta, Señor, el brazo del maligno pecador, y haz que caiga su malicia sobre su propia cabeza; y al ver el tremendo castigo de los impíos, los justos, vueltos en sí, exclamen á una voz: ¡ Ved aquí á qué ha venido á parar aquel hombre que no esperó en el Señor! ¡ Desgraciado del que pone su esperanza en la impiedad! ¿ Puede Dios, oyentes míos, revelarnos más claramente su ódio para con los impíos? ¿ puede manifestarnos con más evidencia su triste suerte y el fin tremendo que les espera?

Y cuenta que no son vanas las amenazas de Dios ni se lleva el viento sus palabras. ¡ Oh hombres ciegos y perversos, que os atreveis á provocar las iras del Altísimo! tended conmigo la vista por la ancha faz del mundo. ¿ Visteis alguna vez el pavoroso espectáculo que ofrece la naturaleza agitada por récia tempestad? Densas y opacas nubes, empujadas por el aquilon, cubren la bóveda celeste; una pavorosa oscuridad sucede á la luz del día; retumban los espacios, rás-gase el cielo, el fuego, el agua y el granizo caen á torrentes sobre la tierra: las aves y los ganados huyen espantados buscando un refugio contra el furor de los elementos; brama el viento, ruje el mar, tróncanse los centenarios robles, tiemblan los robustos montes, arruínanse los templos y los palacios; los campos, los prados y las selvas se convierten en una vasta soledad. Tal es el fiel retrato de los males que afligen al hombre cuando colma la medida de la misericordia divina. El hambre y las enfermedades diezman los pueblos; el hierro y el fuego devastan los campos y arruinan las ciudades; el llanto, la desolacion y la muerte se extienden por todas partes; tiembla y cuartéase la tierra, rompe el mar sus firmes vallas, ábreanse las cataratas del cielo; el mundo todo parece amenazado de un próximo desquiciamiento. Levántase el Dios vengador, y todo cae al impulso de su potente brazo. Caen los soberbios gigantes bajo un diluvio de agua; cae la infame Pentápolis bajo un diluvio de fuego; caen los pérfidos egipcios bajo una multitud de plagas asoladoras; caen los rebeldes israelitas bajo el rigor de un cruel abandono; caen las más arrogantes tribus bajo el peso de inmensos desastres. Babel, un día tan poderosa, no es más que un vasto erial; Nínive, ántes tan magnífica, vése convertida en un monton de ruinas; Menfis, la célebre Menfis, apenas ofrece vestigios de su existencia; Roma, Cartago, Esparta,

Atenas, Corinto y otras muchas ciudades famosas en otro tiempo, ó han desaparecido enteramente, ó no conservan mas que una sombra de su primitiva grandeza. ¿Qué se ha hecho el poder de los caldeos? lo destruyeron los persas; ¿y la pujanza de los persas? la aniquilaron los macedonios; ¿y el valor de los macedonios? lo quebrantaron los romanos; ¿y la altivez de los romanos? la humillaron sucesivamente los godos, los hérulos, los vándalos, los árabes y los turcos. Sesostris avasalló á los indios, Ciro á los asirios, Alejandro á los persas, Pompeyo á los armenios, César á los galos, y otros á otras poderosas naciones. Aquí llevó la guerra Kaled, allí Timur Tak, aquí y allí, Atila, Ezio, Belisario y Narsetes, penetraron con sus terribles huestes, llevando en pos de sí el hambre, la peste y la desolacion. Los campos se convierten en vastos cementerios, las ciudades erigen monumentos en memoria de los grandes desastres de la humanidad, los pueblos fundan su gloria en sus actos de violencia y tiranía, el mundo, en fin, no es más que un teatro de sangrientas escenas y de horrendas iniquidades: *Lugebit terra, et infirmabitur omnis, qui habitat in ea.*

Al contemplar este inmenso cúmulo de males, reflexiono, y digo: ¿Hay acaso un Dios maléfico? ¿Hay una Providencia que vele sobre nosotros? ¿Ha nacido el hombre para el mal?... *Quare, quare ergo tot mala nos undique premunt?* Para responder á estas preguntas, el fatalista, el filósofo despreocupado, estudian las causas, analizan los efectos, forman teorías basadas en la influencia de los astros, en la combinacion de los movimientos, en las necesidades de la naturaleza, en los caprichos de la casualidad... ¡Vanos esfuerzos! ¡inútiles investigaciones! ¿Quién es el señor de la naturaleza? ¿quién determina su curso? ¿quién la ordena y conserva sinó el Sér supremo? Pero este Sér supremo es justo, pródigo, sábio é infinitamente perfecto: luego, no puede permitir mal ni desórden alguno sinó en justo castigo de nuestros pecados. Luego, si hay males y desgracias en el mundo, es por causa del pecado; si el mal es grande, es porque el pecado es tambien grande, y si leve, porque el pecado es leve; si unos hombres son más desgraciados que otros, es porque son más culpables; si á todos les alcanza la desgracia, es porque todos son pecadores; y si alguno estuviera exento de pecado, estaria tambien libre de toda pena. Dios no ha hecho la muerte, ni permite los males, ni me aflige con ellos, sinó por mi culpa y en justo castigo de mi perversidad.

Buscad, buscad el origen de nuestros males, y vereis que todos ellos se derivan del pecado original ó actual. ¿Por qué somos infeli-

ces desde que nacemos? porque al nacer llevamos impreso el sello de la culpa. ¿Por qué razon Adan y Eva fueron arrojados del paraíso terrenal? Porque comieron del fruto prohibido. ¿Por qué huye azorado Cain? Porque ha quitado alevosamente la vida á su hermano Abel. ¿Por qué son muertos Onan y Her? Por haber cometido abominables torpezas. ¿Por qué pierde Sanson la vista? Por haber puesto sus lascivos ojos en Dálila. ¿Por qué se suicida Judas Iscariote? Porque vendió á su divino Maestro. ¿Por qué mueren desastrosamente Lutero, Arrio, y Socino? Por haber turbado la paz de la Iglesia. ¿Por qué acaban tan infelizmente los Agatocles, los Dionisios, los Nerones y los Calígulas? Por haber tiranizado el mundo. ¿Por qué tienen tan mal fin los traidores, los impíos, los codiciosos y los prevaricadores? Porque insultan al cielo y á la tierra con sus criminales excesos. No, no hay en el mundo una culpa que no tenga el merecido castigo. Peca el afeminado asiático, y es reducido á la esclavitud. Peca el feroz africano, y padece pobreza y desnudez. Peca el altivo hispano, y cae en una humilde postracion. Peca el robusto teuton, y pierde sus fuerzas enervado por el ocio. Peca el gafo liviano, y es condenado á perpétua inestabilidad. Peca el sagaz italiano, y experimenta todo el rigor del infortunio. Peca el mundo todo, y la peste, la guerra, el hambre, los incendios, las inundaciones y los más crueles azotes castigan su maldad: *Miseros facit populos peccatum. Propter peccata veniunt adversa.*

Si; pero, entre tanto, me direis, los malos prosperan y sacan provecho de sus vicios, al paso que los buenos... ¿Los malos prosperan, decís, y sacan provecho de sus vicios? ¡Ah! ¡cuán equivocados estais! ¡Cuán falsa idea teneis de la verdadera felicidad! Los malos, oid bien lo que os digo, ó no prosperan, ó su prosperidad es aparente, ó si es real, no procede del vicio. He dicho que los malos no prosperan. En efecto ¿no habeis oido la relacion que acabo de hacer de los males y calamidades que les afligen y de la triste suerte que la divina justicia les depara? Levantan el brazo, y Dios se lo quebranta; urden tramas, y Dios las desbarata; alégranse por un momento, y su alegría se convierte en perpétuo llanto. Uno trata de enriquecerse á costa del prójimo, y el fisco le despoja de todos sus bienes; otro hace traicion á su soberano, y experimenta todo el rigor de la justicia humana; este mancha el tálamo ajeno, y muere de muerte violenta; aquel proyecta venganzas, usurpaciones, violencias, y en sus proyectos halla su propia ruina: á semejanza de los israelitas, que ansiosos de comer suculentos manjares, hizo Dios que muriesen con la carne en la boca. ¿Y todavía se pondera la dichosa

suerte de los malos? ¿Y no se quiere creer que el vicio es funesto, y tarde ó temprano acarrea la perdicion del vicioso?

Pero, concedamos que la suerte sonria alguna vez al inícuo, y las riquezas, los honores y placeres le brinden con sus goces. Y ¿qué vienen á ser en sustancia todos estos bienes? S. Jerónimo los compara con los falsos frutos de Sodoma. Crecen á orillas del Asfáltide una especie de manzanas que ofrecen al que las mira el más extraño espectáculo. Por fuera están pintadas de un hermoso color de rosa, y parecen tan sazonadas y sabrosas, que casi no puedo resistirse al deseo de cogerlas; mas tan pronto como se pone la mano en ellas, se desvanece la ilusion. pues se ve que están llenas de una materia fangosa, desagradable á la vista y sumamente repugnante al paladar. Otro tanto sucede con los inícuos: por fuera parecen felices y contentos, por dentro están llenos de miseria y corrupcion: ayer causaban envidia; hoy inspiran compasion: hoy nadan en la abundancia, mañana se ven reducidos á la mayor pobreza: elévanse de repente á la cumbre del poder, y en un momento caen precipitados sobre el polvo de que salieron. Ni creais que gocen tranquilamente de los bienes que poseen. Muy al contrario; ¿qué de temores, qué de sobresaltos, qué de angustias les cuesta adquirirlos, conservarlos y disfrutarlos! Por otra parte, la codicia, el rencor, la envidia, y, sobre todo, el remordimiento, gusano roedor que sin cesar les devora, no les dejan sosegar un punto. La idea de un Dios vengador, que en vano procuran apartar de la mente, amarga todos sus goces y enturbia todas sus satisfacciones. Luego, la felicidad de los impíos no es más que aparente, y lo que á primera vista parece un bien, es para ellos un verdadero mal: *Non est pax impiis, dicit Dominus*.

No quiero decir, sin embargo, que alguna vez no sean verdaderamente dichosos; pero, si digo, y repito, que en tal caso su dicha no procede de sus vicios, sino de sus virtudes. En efecto, el hombre, por malo que sea, tiene siempre alguna cualidad buena. Será, por ejemplo, lujurioso, pero humano; avaro, pero devoto; soberbio, pero bondadoso; incrédulo, pero equitativo: tendrá otros muchos vicios; pero al lado de ellos aparecerá tambien alguna virtud moral. Ahora bien; esta virtud moral ha de tener su recompensa, porque bajo el gobierno de un Dios justísimo todo tiene su compensacion; pero, semejante recompensa no puede ser eterna, porque falta la fe ó la caridad en quien la merece: luego ha de ser finita, como finitos son los bienes terrenales que gozan los impíos. Por esta razon, dice S. Agustin, prosperó Roma; por esto los griegos y los macedonios llegaron á tan alto grado de esplendor; por esto los infieles, los herejes y los

más grandes pecadores son algunas veces más ó menos dichosos; las virtudes que brillan en medio de sus vicios, les hacen acreedores á esta recompensa temporal. Luego, la felicidad de los malos no es la recompensa del mal sino el premio del bien. Por esto los inícuos solo reportan males y desgracias de sus vicios, y la virtud, si alguna tienen, no les produce más que un bien efímero. De aquí es que cuanto más felices son en este mundo, más desgraciados deben considerarse, por cuanto tras una breve satisfaccion les aguarda una eternidad de tormentos. ¿Y todavía habrá quien llame dichosos á los malos, y piense llegar á la felicidad por la senda del pecado? Guardaos, hermanos míos, de incurrir en tan deplorable error. Dios aborrece el vicio, y lo castiga tarde ó temprano con penas tremendas; la religion, la razon y la experiencia de consuno nos prueban esta verdad: luego el vicioso no puede esperar del vicio bien alguno.

2. Segundo punto. Siendo Dios infinitamente justo, el virtuoso no tiene que temer mal alguno de su virtud. La virtud y el vicio son dos cosas opuestas, y por lo tanto opuestos han de ser sus resultados, de manera, que así como el vicio acarrea desgracias, la virtud ha de traer la dicha. Y así es en realidad, hermanos míos. Dios, equitativo y justo, ama tanto la virtud como aborrece el vicio: su aversion á éste es tanta, que lo colma de desgracias; luego, su amor á la virtud es tan grande, que la colma de felicidad. ¿Y podría ser de otra manera? ¿Seria posible que un Dios, eterno amador de la virtud, no la defendiese y amparase? ¿Seria posible que la dejase sucumbir en la adversidad? Si así fuese, no me contaria yo entre los partidarios de la virtud; no me cansaría en vano corriendo en pos de una ilusion engañosa; sino que optando desde luego por el vicio, y abrazándole estrechamente, vén, le diria, y sé mi esperanza y mi consuelo. Tú no me abandonarás en medio de la desgracia. tú me darás felicidad, y, á lo ménos, bajo tu imperio, podré vivir seguro y sosegado. ¿De qué me servirá la virtud, si no cuento con la proteccion del cielo, y si en vez de hacerme dichoso ha de causar mi infelicidad? Sigánla y cultívenla cuantos quieran, que yo prefiero contarme entre los sectarios del vicio... ¿Os horroriza este lenguaje, oyentes míos? ¿Son absurdas, impías y sacrílegas semejantes palabras? ¿Sí? Luego necesariamente hemos de reconocer y confesar que por lo mismo que Dios es bueno, sábio y justo, ha de amar, proteger y recompensar la virtud.

Ni se diga que Dios solo premia la virtud en la otra vida, y que por lo tanto, el hombre virtuoso ha de ser infeliz en la vida presente: porque si bien es verdad que la virtud tiene que luchar aquí bajo con muchas contrariedades, no puede decirse, sin embargo, que haga in-

felices á los que la abrazan. ¡Pues qué! ¿por ventura Dios solo es justo en la vida futura? ¿Acaso no ama la virtud en la vida presente? ¿No le promete recompensa alguna hasta despues de la muerte, y la deja entre tanto abandonada y expuesta á sucumbir bajo el peso de la adversidad y del dolor? No, hermanos míos. Tenga en buen hora la virtud su digno y merecido premio en la eternidad; pero no es justo que ahora sea víctima de sus propios méritos y reporte mal del bien.

No ignoro que la virtud está sujeta á duras pruebas y expuesta á sufrir los rigores de la adversidad; pero esto no puede llamarse ni es verdadero mal. ¿Es por ventura verdadero mal lo que conduce al bien, ó puede llamarse nocivo lo que dá salud? El enfermo, el artesano, el soldado, ¿podrán llamar con razon homicida al hierro que cura sus llagas, ó cruel al maestro ó al capitan que les acostumbra á la fatiga, sabiendo que con esto se procura su mayor bien? Ahora, pues, Dios prueba la virtud al solo objeto de aquilatarla y ensalzarla. Tienta la fé de Abraham con el sacrificio de Isaac, para probar su obediencia y hacerlo padre de un gran pueblo. Tienta la pobreza de Tobias con la ceguera, para probar su probidad, y para restituirle en seguida la vista, dándole juntamente con ella riquezas y felicidad. Tienta la paciencia de Job con toda suerte de adversidades, para probar su constancia y duplicar sus perdidos bienes. ¿Y todavía habrá quien llame castigo á lo que es un verdadero favor del cielo, y considere como un mal lo que conduce al bien?

Por lo demás, hermanos míos, para no dejarse alucinar por las ampulosas declamaciones de los que tanto ponderan las penas y desgracias del justo, conviene advertir que los males son de dos especies, unos naturales y otros accidentales. Los primeros son comunes á todo el género humano; los segundos afectan tan solo á algunos de sus individuos: aquéllos son insuperables, éstos pueden superarse, porque los unos nos son innatos, y los otros nos sobrevienen accidentalmente. Por lo que toca á los males naturales, todos los hombres, buenos y malos, los padecen del mismo modo, pues el frio y el calor, el hambre, las enfermedades, la muerte y otras miserias semejantes, alcanzan igualmente á todos. Ni podia ser de otra suerte, porque siendo todos reos de un mismo delito, justo es que suframos todos la misma pena. Si Adán con su pecado no nos hubiese hecho culpables, Dios hubiera sujetado las causas de nuestra corrupcion; mas habiendo pecado Adán, y habiéndonos trasmitido una naturaleza viciada, rebelde y abominable á los ojos de Dios, ningun derecho tenemos á la munificencia divina, y por lo tanto puede Dios dejarnos sujetos á los males propios de nuestra corrompida naturaleza; tanto más, cuanto que la

exencion de todo mal otorgada al hombre en el estado de inocencia, no era una condicion natural, sinó un don enteramente gratuito. Esto supuesto; ¿qué tiene de extraño que seamos todos castigados con igual rigor, siendo como somos, todos igualmente culpables? Léjos de admirarnos de esto, deberíamos extrañar que sucediese lo contrario.

En cuanto á los males accidentales, como son la opresion, la infamia, la calumnia, las persecuciones, etc., éstos, ó no los padece el justo, ó si los padece es porque su virtud es impura. Digo, en primer lugar, que su virtud es impura. Con efecto ¿cuántas veces la supersticion quita el mérito á la piedad! ¿cuántas veces la soberbia vicia la fortaleza! ¿cuántas veces la vanagloria empaña el brillo de la caridad! ¿Qué de buenas y santas obras dejan de ser meritorias por ir mezcladas con el fango de los afectos ó respetos humanos! Ahora bien; Dios, como hemos dicho, si por una parte ama la virtud, por otra parte aborrece el vicio; ¿qué hace pues, cuando los vé á entrambos reunidos en una misma persona? Así como el artifice, para purificar un metal, lo pone al fuego, lo hiere con el martillo, y lo vuelve y lo revuelve hasta que separada toda la escoria, queda puro y brillante; así tambien Dios envia desgracias, penas y tribulaciones á los buenos para purgar sus vicios y aquilatar sus virtudes. Envia á David la guerra, la peste, el hambre, para castigar los pecados á que le arrastró su liviandad; hace que Moisés, Oza y la mujer de Lot mueran repentinamente, para castigar la desconfianza, la vanidad, la imprudencia de que se hicieron culpables; castiga en unos la soberbia con la humillacion, en otros la ambicion con la pobreza, en otros la tirania con la opresion. Aristides gime en el destierro, Sócrates se vé obligado á beber el mortal tósigo, Caton se quita desesperado la vida. Escipion, Fabio, Camilo sufren todo el rigor de la adversidad. Os pongo, hermanos míos, los gentiles, aunque vanos, carnales, faltos de fé y destituidos de méritos, al lado de los hijos del pueblo escogido de Dios, para que con el ejemplo de unos y otros veais que Dios no castiga la virtud, sino la malicia, la impureza, el vicio con que está mezclada; y que si la hace pasar por el crisol de la adversidad, es para sublimarla y hacerla merecedora de mayor corona; para que sepais, en fin, que Dios sabe sacar bien del mismo mal, y convertir las penas en otras tantas fuentes de celestiales gracias. ¡Oh santa, oh inefable bondad de nuestro divino Criador!

Si hay, empero, algun justo cuya virtud sea pura y exenta de toda mancha y corrupcion terrena, emprenda sin temor la senda más escabrosa, que á despecho de todo contratiempo hallará fácil y agradable el camino. Al contemplar el semblante sereno de este feliz mor-

tal, me parece que veo al pueblo de Israel rodeado todo de luz mientras reinaba en Egipto la más absoluta oscuridad. A la voz de Dios, saliendo la noche de sus negros antros, amontona tinieblas sobre tinieblas, y siembra el horror y la confusión por toda la comarca. Salen las fieras temerosas del fondo de los bosques y atruenan los aires con sus bramidos. Los egipcios, helados de espanto, no osan respirar, ni se atreven á dar un paso. Entre tanto los alegres israelitas discurren libremente por todas partes. La luz amiga, alumbrá sus pasos y muestra á sus ojos, no ya oscuras tinieblas y sombras pavorosas como á los egipcios, sino amenos campos, risueñas colinas, un cielo sereno; y mientras sus opresores aterrados, gimen en el mayor desconsuelo, ellos seguros, tranquilos y plácidos, cantan alabanzas á su Señor y Dios.

Lo mismo sucede con la verdadera virtud. Descargue Dios sus iras sobre el mundo: tiemble de horror el impío al oír el fragor de la tempestad que ruga sobre su cabeza: la luz divina brillará siempre por encima de los revueltos elementos y disipará las sombras al rededor del dichoso mortal para quien resplandece. Rodeado de celestial claridad, el hombre verdaderamente virtuoso verá el seguro puerto que ha de servirle de refugio contra la tempestad; cobrará fuerza y vigor para resistir á la furiosa corriente de las pasiones; parará los golpes que á ciegas le asestarán los impíos; y confiado en la protección del Altísimo, no temerá la infamia, que no le puede denigrar, ni al enemigo, que no le puede ofender, ni á la desgracia, que no le puede abatir, ni á la voz de la conciencia, que de nada le puede acusar. Todo para él se convertirá en objeto de imperturbable alegría; porque, protegido de Dios, inaccesible al poder de los malos, seguro de su conciencia y provisto de la divina gracia, ¿qué cosa será capaz de turbar la paz y la serenidad de su corazón? La protección de Dios equivale á todos los demás bienes; la defensa contra las asechanzas de los inicuos es un favor imponderable; la seguridad de conciencia no tiene con que compararse; la divina gracia es el más rico de los tesoros... Y estando el justo provisto de tales auxilios, colmado de tantos beneficios, ¿todavía hay quien se atreve á llamarle desgraciado en comparación del inicuo? ¡Oh nécia preocupación! ¡oh incomprensible error! Seguid, seguid, hermanos míos, las huellas de la virtud: ella os colmará de celestiales dones; ella iluminará vuestros pasos y los conducirá á la vida eterna.

Con las precedentes consideraciones quedan acallados los lamentos de los buenos, confundida la procacidad de los malos, justificada la conducta de Dios, que á primera vista parece equívoca á los ojos del

mundo, demostrado el origen del bien y del mal, en cuya investigación tanto disputaron y se afanaron los filósofos. Queda aniquilado el fatalismo, desvanecido el maniqueísmo, convencidos los epicúreos, mudos los estóicos, confundidas las impías sectas que tantos errores introdujeron, admitiendo un ciego destino, ó fingiendo un Dios bueno y otro malo, negando la divina Providencia, ó delirando de otras mil extrañas maneras. Nosotros empero, mejor aconsejados, reconocamos un Dios equitativo y justo, que aborrece infinitamente el vicio y ama sin fin la virtud; que castiga al inicuo y favorece al virtuoso en todo tiempo y ocasión. Si el inicuo prospera, ó es aparente su prosperidad, ó, si es verdadera, se le dá en premio de alguna virtud moral: y del mismo modo, si el virtuoso es desgraciado, ó no es verdadera su desgracia, ó, por el contrario debe considerarse como pena de algun defecto. Pero de todas maneras, la virtud y el vicio son los que determinan nuestra suerte: suerte dichosa, si somos buenos; suerte mil veces desgraciada, si somos malos. En suma, siendo Dios equitativo y justo, ni el vicioso puede ser realmente feliz, ni el virtuoso puede ser verdaderamente desgraciado.

La índole misma de la virtud y del vicio nos suministra una robusta prueba en corroboración de esta verdad. La virtud es conforme á la naturaleza, el vicio se opone á ella: luego aquélla produce armonía, y éste causa perturbación: pero la armonía y la perturbación tienen opuesto destino: luego la virtud ha de ser necesariamente feliz, y desgraciado el vicio. Aquí me ocurre la comparación entre el hombre sóbrio y el que se entrega á los excesos de la gula. Este come, bebe y se harta sin medida, no pensando más que en saciar su desordenado apetito; el sóbrio, al contrario, ayuna y se mortifica, privándose aún de una comida regular, en cuanto cree que puede serle perjudicial. Hasta aquí parece que la suerte del primero aventaja á la del segundo. Pero por poco que se reflexione, la cosa cambia de aspecto... Los humores se vician y pierden su virtud reparadora, los vasos se relajan, las secreciones se alteran, los jugos se corrompen, sucumben las fuerzas digestivas, arruínase la constitución... y veí á aquel gloton, de obeso cuerpo, de obtuso entendimiento, pudiendo andar apenas y próximo á terminar prematuramente su vida desordenada. Por el contrario, el hombre sóbrio vive alegre en medio de sus privaciones, conserva inalterables las fuerzas del cuerpo y del espíritu, y se mantiene robusto y lozano hasta la edad más provechosa.

Tal es también, oyentes míos, la opuesta suerte del hombre vicioso y del que se consagra al cultivo de la virtud. A primera vista

nada parece más fácil y agradable que entregarse á la corriente de las pasiones ; nada tan difícil y penoso como refrenar los apetitos ; pero ¡ qué de crueles sinsabores acarrea el vicio ! ¡ qué de puros gozes proporciona la práctica de la virtud ! ¿ Será menester, amados oyentes, que os describa minuciosamente las humillaciones del soberbio, las angustias del avaro, los padecimientos del lujurioso, y los innumerables peligros y desgracias que afligen á los malos ? ¿ Qué no costó á Catilina, á Mario, á Sila, á Cromwell el inicuo proyecto de subyugar á su patria ? ¿ Qué no costó á Eliogábalo, á Mesalina, á Vitelio su desenfrenada sensualidad ? ¿ Qué no costó á Aman, á Acab, á Atila, el cruel empeño de oprimir á los inocentes ? ¿ Qué no le cuesta, en fin, al disoluto mundano el goce de sus criminales placeres ? Tristeza, llanto, ruina, desesperacion y muerte horrenda ; ved aquí los frutos que el vicioso reporta de sus vicios.

Por el contrario, el hombre verdaderamente virtuoso está á cubierto de toda adversidad. Ni le seduce el vicio, ni le avasallan las pasiones, ni le abate la adversidad, sinó que alegre en sus horas de sosiego, fuerte y animoso en los trabajos, seguro en medio de los peligros, vive en paz con Dios, consigo mismo y con sus semejantes. Tenemos una prueba patente de esto en los mártires, las vírgenes, los anacoretas y los santos todos, á quienes su misma santidad dió consuelo y alegría en medio de los mayores contratiempos y aflicciones. De ahí aquel axioma adoptado por los sábios, y certísimo, á lo ménos bajo cierto aspecto, de que « la virtud y el vicio, aún en la presente vida, son respectivamente el premio y el castigo de sí mismos : *Virtus sibi ipsi præmium, vitiumque supplicium.* »

¡ Oh vosotros los que deseais evitar la desgracia y alcanzar la felicidad ! en vuestras manos teneis los medios de conseguir vuestro intento. No es la impiedad, ni la injusticia, ni el pecado lo que ha de proporcionaros la verdadera dicha, sinó la honestidad, la inocencia y la virtud. No olvideis que ni el amor deshonesto conduce á un buen matrimonio, ni el fraude á la prosperidad de los negocios, ni la astucia y el engaño al aprecio de nuestros semejantes ; mas tened presente que todo nuestro bien se cifra en la justicia, en la honestidad y en el santo temor de Dios. Humillaos, pues, bajo el brazo de Dios ; no fundeis vuestras esperanzas en la iniquidad ; sufrid con paciencia las adversidades ; respetad los juicios y la voluntad del Altísimo ; seguid constantemente la senda de la virtud, y sereis dichosos en la tierra y eternamente dichosos en el cielo. *Fiat, fiat.*

VIDA.

(INCONSTANCIA Y BREVEDAD DE LA)

Filia mea modò defuncta est.

Una hija mia está á punto de morir.

(MATTH. IX, 18.)

Nos dice el Evangelio, amados fieles míos, que estaba Jesucristo nuestro Señor dando saludables documentos á los fariseos y á los discípulos de S. Juan Bautista, cuando llegó un príncipe de la Sinagoga, llamado Jairo, y postrándose á los piés del Señor, le rogó, más con lágrimas que con voces, se dignase ir á su casa á resucitar á una hija suya de doce años, que suponía ya difunta, pues al salir de su casa la habia ya dejado en las agonías de la muerte.

Deseoso Cristo de consolarle, se puso inmediatamente en camino, y acompañado de sus discípulos y de otra mucha gente, iba siguiendo al príncipe Jairo, á cuya sazón le salió al encuentro una mujer, llamada la Hemorroísa, por la enfermedad que padecía de flujo de sangre, hacia ya doce años, sin esperanza de remedio. Esta pues, movida de una gran fe, llegó á persuadirse que sin duda quedaria sana de su achaque, si pudiera tener la dicha de tocar la fimbria ó extremidad de la túnica del Redentor ; y queriendo poner en ejecucion sus deseos, llegó disimuladamente por detrás, ya sobrecogida del empacho que le causaba su enfermedad, ó ya temerosa de que como inmunda, no le permitiese la turba ir en su compañía, segun la ley ; cuando hé aquí que habiendo llegado á tocarla con mucho disimulo, de repente quedó sana. ¡ Oh prodigio de la omnipotencia de nuestro Dios !

Conoció Jesucristo, como quien penetra y sabe hasta el más oculto pensamiento, que le habian tocado el vestido por detrás, y con semblante sério dijo : ¿ Quién me ha tocado mi vestido ? Negáronlo todos ; pero S. Pedro, admirado de aquel reparo, pues ignoraba la causa porque el Señor lo preguntaba, le respondió : Maestro soberano, las turbas te siguen, te comprimen, y aún te afligen, y dices : ¿ Quién me ha tocado ? No hablo de este modo de tocarme, le dijo Cristo, sinó de alguno que me ha tocado á propósito, pues yo he sentido salir de